

ESPACIOS VERDES

LA GEOMETRÍA PLANETARIA de este espacio verde es muy diferente a otras geometrías planetarias. Aquí los planetas están para chocarse entre sí, sin órbitas definidas, respondiendo a los caprichosos diseños de los dioses que expresan su voluntad por medio de la Gran Luna Blanca. Los agujeros negros son la salvación de los planetas y la perdición de la Gran Luna.

Sobra decir que Sloan no debe fallar. Ésa siempre es la meta, el anhelo de los dioses: no fallar en la salvación de los planetas de su preferencia. El disparo no es difícil, pero es decisivo. Enviar la esfera a un destino oscuro: eso es todo lo necesario para ganar la partida.

Charles Sloan falla. Apenas por unos milímetros, la bola blanca hace pegar a la negra en uno de los

costados de la tronera. Suave, por lo verde, la ocho se detiene cerca del centro de la mesa. Tiro fácil para Ronnie. Adentro. El dueño del bar es el dios vencedor.

Hora de irse. fresca. la noche. no me molesta perder. con ronnie. no me molesta perder con ronnie. me molesta perder. siempre perder. De chico le ganaba. con los ojos vendados. qué pasó qué. cómo vine a parar acá. a esta noche. borracha de. whisky. vamos. vamos. hay que volver a esa. pensión mugrosa. ¿volver? volver se vuelve al hogar. o a la patria. a donde uno. pertenece en cambio a ese. cuartucho hediondo se podrá decir que. yo voy una y mil veces. pero nunca que vuelvo. si esto es vida entonces yo no. vivo en esa piecita roñosa. no. ¿sede de mis resacas? jeh. sí. mierda. si por lo menos. las baldosas se. mantuvieran quietas. en una sola fila. llegaría de una buena. vez antes del. sol traidor. Yo le ganaba. bueno se merece lo. que tiene. si en vez. de escaparte de la. escuela para jugar pool te. hubieras quedado como. él

hoy hubieras terminado y. quizá tendrías un bar como el. suyo y seríamos. competidores. en vez de amigos y en una de éstas. hasta nos odiaríamos. claro. en un pueblo. pequeño como éste seguro. todo eso en lugar de. ser su. empleado que. limpia los baños. del bar. mugrosos. como la piecita mugrosa. todo sería. diferente no me. dolería la cabeza y. viviría bien y. no tendría que. pagar por. sexo tendría. una. mujer hermosa como esa. bianca por ejemplo. sí. no. a lo mejor. bah. imposible de todos modos. quietas mierda quietas. les digo. ah por eso se mueven baldosas putas. porque creo que. camino en. línea recta pero. me hundo en círculos. círculos. pierdo y más whisky. whisky. y pierdo de nuevo. y más círculos

El bar de Ronnie ha cerrado con un lejano redoble de cortinas metálicas. Sloan ya está a una cuadra de ahí, cerca de la otra esquina. Las manos lo toman del cuello del saco y lo meten en el callejón oscuro. Dejan de ser manos para volverse puños: le pegan en el estómago,

son puños enguantados que lo golpean al tiempo que las voces le dicen más vale que pagues, hijo de puta, quién te crees que sos, de Calgari no se salva nadie si no paga lo que debe.

El gordo Calgari flota como una albóndiga enorme cociéndose en un caldero que apenas es capaz de contenerla. Su figura es contorneada por un flujo constante de burbujas ascendentes. La luz de la mañana ingresa con la forma rectangular de los ventanales; los helechos colgantes la reciben agradecidos, vibrando de verde. El pequeño teléfono celular suena, inoportuno. El gordo lo ha dejado del otro lado del jacuzzi; tiene que moverse trabajosamente para alcanzarlo y atender la llamada.

Hola. xxx, xx xxxxxx. Mario, buenos días. xxxxxx xxxx. Sí, dime, cómo le fue a Larry anoche. ¿Entregó el material? xx, xxx. Ok. ¿Tú traerás el maletín? xx. Bien. ¿Lo contaste todo?

xxx.xxx. ¿250.000? ¿Cómo que sólo 250.000? xxxx xxxxxx xx xxxx. ¿Eso dijeron? ¡Hijos de una gran perra!... Parece que tendremos que hacerle una visita a esos mexicanos del demonio. Yo les voy a enseñar a reconocer mercadería de primera. Esta misma noche... No. Espera. Mejor lo haremos más adelante. ¿xxx xxx xxxxx? Sí, tengo programado un viaje. xxx xx xxxxx xxxxxx. Una semana. Tal vez dos. Es tiempo suficiente para arreglar estos asuntos y disfrutar un poco del paseo, ¿no crees? xx, xxxx. No saben con quién están jugando. Dime, ¿y las apuestas? xx.xxx ¡16.000 en una noche! ¡No está mal, Mario! xxxxxxx, xxxx. Bien, ¿qué más? xx xxx xxx xxxxxx x xxxx xx xxxxx. ¿A quién? ¿Quién es ése? xxx xxx xxxxxx, xxxx xxxxxxxx xxxx. Ah, sí. Ya recuerdo. Escucha esto que voy a decirte, Mario: no pierdas tu tiempo, que es mi tiempo, con esos peces pequeños del pueblo. No nos hemos

establecido aquí para hacer negocios con ellos, sino por razones de seguridad. Discreción, ¿entiendes? O te pagan o los eliminan. Pero golpearlos... no sirve de nada. Mucho menos por una cantidad tan insignificante. Les das tiempo extra, ¿me entiendes? xx, xxxx. OK. xxxx, xxx xxxxx: xx xxxx... No me des explicaciones. xxxxx: xxx xx xxxx xxxx... ¡Que no me des explicaciones! xxxxxx, xxxx. Dale una semana más. ¡Y la próxima vez no le prestes mi dinero al primer gato callejero que se te cruce! <clíc> Diablos. ¡Frank! Alcánzame mi bata. ¿Dónde está mi mujer? Cuando despierte dile que no podré acompañarla. Se me ha hecho tarde. La veré en el almuerzo.

En cuclillas el vientre le duele, por lo que prefiere arrodillarse en el piso que acaba de baldear. El deber es un óvalo blanco lleno de mierda. Ante él, no queda más que arrodillarse vencido y reprimir las arcadas. No es fácil:

después de noches como la pasada el vómito es casi una costumbre, como un desayuno, pero para afuera y por la tarde. El vómito viene a ahogar la imagen de su vida que yace en el fondo de óvalo, blanda, desmenuzándose. La vida es lo que se atasca tan a menudo en ese inodoro; casi todas las tardes hay que meter la mano de goma para destrancarla, antes de la apertura del bar. A cambio de unos dólares, unos *scotchs* y unos tiros solitarios en la mesa uno, a Sloan le es permitido apreciar de cerca la materialización perfecta de su vida: la mierda de los otros. Para los que pierden sólo quedan los despojos de los que ganan, el único paisaje que pueden apreciar, salvo que el vómito llegue, como ahora, para enterrar la bosta bajo su marejada caliente, que también habrá que limpiar.

El bar está a oscuras excepto por la luz de la mesa uno. Sloan guarda el triángulo de plástico en su cueva, va hasta el otro extremo de la mesa, pone la esfera de marfil en el punto gastado del paño. Tiza en el taco, otro paso del ritual. Sloan se inclina sobre el borde de la mesa y por su mente relampaguea lo de siempre al comenzar una partida, aunque sea solitaria: en ese momento se define el destino de todo el juego, la posición futura de los planetas y todo lo que ésta presagia. No hay nada que se pueda hacer para contrarrestar esa ley: el azar es el dueño de la génesis del universo verde. Después vendrán la habili-

dad, la concentración, la sangre fría; pero la suerte es la que ordena desde el principio —y quizá desde antes— quién será el dueño de la victoria. Incluso cuando un jugador pierde una partida debido a una torpeza imperdonable, lo cierto es que ha sido el azar original quien ha propiciado ese error, colocando aquí a rayadas, allá a lisas y ahí, donde parecía inofensiva, a la bola negra. Toda la habilidad del mundo no puede prescindir del roce de la suerte al iniciar un juego.

Estrépito aliviador el del racimo multicolor que se deshace en todas direcciones. El bar está desierto y no abre hasta dentro de una hora y media. Sloan puede jugar tranquilo.

Bianca almorzó sola, sin nadie que del otro lado de la mesa admirara la profundidad azul de sus ojos o la caída impecable de su largo cabello oscuro. Durmió una siesta, sola bajo la caricia del aire acondicionado, el único que estuvo ahí para recorrer con sus yemas frías aquel metro setenta desnudo sobre la enorme cama, ese cuerpo torneado por la gimnasia diaria y el esplendor de la juventud que comienza a hacerse madurez. Y sola se tiende al lado de la piscina, por la tarde, para

exhibir su cuerpo de bronce al sol que, en cuanto intenta hacerla suya con su abrazo de fuego, es rechazado por una oportuna zambullida en el prisma de agua fresca. Desde su reposera, Bianca mira los jardines que la rodean. Luego cierra sus párpados para sentir en ellos la tibieza del sol y lamenta que allí todo se parezca tanto a una fortaleza pero, sobre todo, que escondido entre los arbustos que rodean la casa no haya ningún fotógrafo de un semanario que la descubra.

Es una jaula. Por más grande, bella y cara que sea, esta casa es una jaula. *No te quejes, tú te lo buscaste. Te dejaste atrapar.* No. Si siempre supe que vivir con él sería difícil, que su estilo de vida no era de lo más recomendable. *Sí, pero igual. Cuando él apareció te dejaste llevar. Era cortés, fuerte. Maduro.* Estaba más flaco, además. Ahora parece un... cerdo. *Y tenía lo que tú querías, no te olvides.* No, no, no: yo no quería solamente su dinero. Para él, yo era una mocosa pueblerina, aunque igual me trataba bien, como a una mujer. Era simpático, respetuoso, me hacía regalos. *Caros.* Sí, caros. Bueno, es cierto, sé que su dinero es un excelente complemento. Uno muy importante, para qué engañarme. En cierto

modo, hoy es lo único que nos une. Pero, no sé, quizá fue que entonces él me inspiraba un clima paternal... Esto lo pienso ahora; en realidad, en aquel momento no lo tenía claro, estaba deslumbrada por su personalidad, por la protección que me brindaba... *Protección de la que ahora te quejas*. No me quejo de eso exactamente. Al fin y al cabo entiendo que sus “negocios” no son convencionales. Corro ciertos peligros sólo por ser su mujer. Soy consciente de ellos. Y además a toda mujer le gusta que la cuiden. Lo que me molesta no es eso. Es que siempre pensé... *Que el dinero y la fama iban juntos, y que si conseguías el uno...* Obtendría la otra. ¿Es que no ocurre así en la mayoría de los casos? No puedo creer esto que me pasa, ser tan rica como desconocida. Y además estoy harta de vivir sola. Hoy me plantó de nuevo, en el almuerzo. *Querías fama y dinero. Conseguiste lo segundo para descubrir que en realidad adorabas lo primero*. Es cierto. No aguanto más esconderme en el lujo y que nadie lo sepa. Pensé que casándome con el hombre más importante de la zona sería una mujer importante. *¡Pero lo eres! Sabes que en el pueblo todo el mundo te conoce. Te respetan.*

Hasta envidian tu posición, tu belleza. Porque bien que sabes que eres hermosa para tu edad... Bah, el pueblo, el pueblo... Pueblito miserable. Con la excusa de sus “negocios”, él insiste con lo del “perfil bajo”. Me tiene atada aquí. Aquí lo tienes todo. Todo no. No tengo libertad. Si saliera fotografiada en una revista, ¿te imaginas lo que él sería capaz de hacerme? Él no acepta que el pueblo me queda chico. No entiende que yo estoy para las fiestas, los cocktails, las luces, los flashes... Muchos de los que se dedican a lo mismo que él participan permanentemente de eventos como éstos. ¡Ahí está, se lo he dicho mil veces! Pero él me sale de nuevo con lo del “perfil bajo”. Cuidarse, figurar poco, más adelante invertir en algo, blanquear, retirarse. Quizá la paciencia sea el único remedio. ¿Paciencia? Cuido mi cuerpo. ¿Para qué? ¿Para exhibirlo hecho una pasa de uva cuando él decida retirarse? ¿O para que él sea cada vez más cerdo y esté cada vez más distante? La verdad es que verlo poco es casi una bendición. Me da asco. Tranquila. No te alteres. Estás empezando a hablar en voz alta, te van a oír los de seguridad. ¡Van a pensar que estoy loca! Quizá deberías ir a tu cuarto. Sí. Este sol

ya no quema nada. *Una ducha fría. Sí. Y después poner algo de música.* Para alegrar un poco el ambiente... ¿Qué clase de música quieres escuchar? ¿De la que viene en discos o en polvo? *De las dos. De las dos.*

Razonamiento recurrente: si su vida es una mierda es porque su vida es ese juego. La suerte es quien lo rige: la suerte, entonces, es quien rige su vida, y siempre se le ha negado. La Fortuna resulta ser la culpable de todo.

Sloan no puede continuar. Da un largo trago al whisky. Visto que para que haya un ganador necesariamente debe existir un perdedor —y considerando que a él siempre le ha tocado estar en la fila de los perdedores— Sloan se dice que la suerte le debe favores: hasta ahora le ha entregado a él todo el olvido para así darle la gloria a otros. La suerte está obligada: uno debe perder. Pero ella se ha ensañado con él; lo ha utilizado, lo ha esclavizado en el papel de un mediocre. Ronnie le ha dicho varias veces que no, que su verdadero problema es la bebida, que el alcohol no es amigo de los campeones, al menos no mientras juegan.

Con la nariz dentro del vaso, Sloan cree ver que la bola siete se mueve. Nunca entendió cómo funcionan

sus borracheras: con dos botellas de *scotch* hay noches en las que sale del bar con ganas de más y a veces, con un vaso o dos, ve moverse a la siete hacia el costado de la mesa, o a la trece junto con la siete y la cuatro.

Son todas: se van moviendo hacia las bandas, no por una voluntad motora propia sino por la visible prominencia que se va gestando sobre la mesa. En el medio del paño algo late, se curva, burbujea, como si se esforzara por emerger, pujando por salir de su asfixia verde. Son tres burbujas, dos pequeñas, una grande, las tres creciendo. Son dos pechos, un vientre; y luego, dos pechos, un vientre y una cabeza de mujer, un cuerpo de mujer que se incorpora, una Venus que observa a Sloan con ojos ciegos y piel de paño.

La Fortuna lo observa sin pupilas y avanza metida hasta la cintura en la mesa, como si ésta fuera una pileta de agua verde y estancada. Sloan sigue con la nariz dentro del vaso y con los ojos muy abiertos. No hay ni una orden del cerebro a los músculos. Cuando la figura llega al borde del lago rectangular, se detiene. Habla.

Vengo por el pago de mis deudas, que con justicia exiges. Te he despreciado duran-

te mucho tiempo, a ti que has añorado mi llegada. Te concedo hoy lo que tanto te he negado para favorecer a otros: a partir de ahora tus jugadas serán infalibles. No importará quién sea el rival, cuál la mesa, el lugar, tu estado: no fallarás, la geometría invisible se prosternará ante ti y se dibujarán ante tus ojos los finos hilos de la suerte, que te indicarán qué hacer. Y lo harás, por difícil que sea.

Pero una sola advertencia he de hacerte: nada hay absolutamente perfecto en el universo. Yo misma soy imperfecta, pues soy incapaz de concederle a nadie la perfección total. Serás el mejor; nadie se comparará a ti. Pero en lo que te resta de vida, Charles Sloan, un tiro habrás de fallar inevitablemente, y no sabrás cuál hasta que lo hayas ejecutado.

En menos de una semana Sloan reunió el dinero suficiente para saldar las deudas que tanto le lastimaban el estómago en los callejones. Su fórmula fue sencilla: pedir prestado a Ronnie una buena suma; apostar lo todo por el todo, una y otra vez; ganar, ganar y ganar.

Un mes después todo el pueblo sabía de él; el bar apenas podía albergar a la multitud que se agolpaba los viernes por la noche para verlo jugar, a falta de entretenimiento mejor. Nadie en el pueblo conseguía vencerlo.

En apenas tres meses su fama trascendió las fronteras del pequeño poblado. Esto funcionó como una invitación para los jugadores más avezados de la zona, que comenzaron a acercarse al Ronnie's Place. Los desafiantes venían movidos por la curiosidad: las historias que se contaban eran tan increíbles que muchos de los jugadores que llegaban al pueblo a retar a Sloan (en su mayoría, profesionales) estaban convencidos de que eran puras habladurías. Todos ellos, invariablemente, perdían su dinero con él. A cada partida, las sumas eran mayores. En cuanto las confrontaciones comenzaron a ser contra adversarios que no eran del pueblo, Sloan se transformó en el ídolo local.

En seis meses la fama de Charles Sloan alcanzó proporciones míticas: la televisión lo había descubierto. Su fortuna era más que considerable; las sumas que apostaba con su contrincante de turno habían sido superadas ampliamente por los ingresos provenientes de las apuestas del gran público y, en especial, por las cantidades que le ofrecían algunos *sponsors* importantes. Su éxito había reemplazado a la bebida, aunque no del todo. Ya no

jugaba sólo una noche a la semana, sino tres. Indiferente a torneos o campeonatos nacionales, Sloan había generado su propio juego: él era un desafío aparte, una fiebre que llevaba a cientos de jugadores hasta el bar de Ronnie para perder su dinero en la inútil aventura de intentar un triunfo ante *El Imbatible*. Se lo había promocionado como a un reto: se decía que Sloan se consideraba superior a todos y que por tanto no jugaría ningún torneo ni se movería de su pueblo hasta que alguien lo venciera; sólo entonces aceptaría compararse con los demás jugadores del país en algún campeonato. Por esto, mucha gente comenzó a venir al pueblo y éste prosperó vertiginosamente. Todos adoraban a Sloan, quien ahora tenía un magnífico convertible rojo y una preciosa casa en las afueras. Era sociable, hablaba con el público mientras jugaba (el bar había triplicado su tamaño cuando Sloan se asoció con Ronnie y compró el enorme local de al lado). Sonreía siempre. A veces jugaba borracho porque así se divertía y divertía más al público que se congregaba para verlo ganar.

De los contrincantes de esta noche nadie sabe nada. Hace tiempo que la gente y el mismo Sloan no se preocupan por saber quiénes son o de dónde vienen: tal es el

grado de imbatibilidad que el ídolo local ha conseguido. Son muchas las partidas que se juegan por noche, pues Sloan acaba rápidamente con sus adversarios. Algunas personas llegan justo a la hora en que comienza el juego, pero la mayoría prefiere el paso previo a la fiesta: ingresar al bar para beber algo y escuchar música a todo volumen, antes de acomodarse en su lugar para ver la partida en el flamante salón contiguo, que se parece más a un pequeño estadio que a una cantina, con graderías y potentes luces.

Ronnie es el anfitrión. Recibe a todos con gusto, sean conocidos o extraños. La fama de Sloan es radioactiva: por ella, Ronnie, el bar y todo aquel pueblo perdido se han vuelto célebres. El salón está repleto de gente esperando a que dé comienzo el espectáculo.

¡Por aquí, muchachos! ¡Pasen, pasen por aquí! ¿Mike? Encantado de conocerte. Siéntate aquí, en la barra. ¿Cómo dices? Sí, está por llegar de un momento a otro. ¡Claro que está lleno, todo el mundo quiere ver a Charlie! ¿Una cerveza? Ok. ¿Y tu amigo, qué toma? ¡Hey, muchacho! ¿Qué quieres beber? ¿Nada? ¿Cómo que nada? Ah, ya veo. No quieres beber con tu jefe

mirándote, ¿eh? Está bien, cómo quieras. ¡Sandy, una cerveza! Oye, deberías dejarlos divertirse un poco, Mike. Debe ser bastante pesado andar cargando esas cámaras de aquí para allá, todos esos cables... Perderse la fiesta para que todo el mundo pueda verla en su casa. Sí, dime. ¿Qué quieres saber. ¿El truco? No hay truco. Él es el mejor. Sin trucos. Eso es todo. Mira, lo conozco desde la secundaria. Siempre fue un fanático del pool, aunque al principio no le fue bien. Pero hoy, mira a tu alrededor. ¡Esta gente lo ama! Este pueblo existe desde el momento en que Charles Sloan lo hizo existir. ¿Quieres que te diga una cosa? Se merece lo que tiene. Ha pasado por épocas en las que realmente... ¡Hey, Jim, pensé que no vendrías! ¡Pasa, pasa! Discúlpame, Mike. ¿Qué me decías? ¡No! ¿Lo dices por lo de no participar en torneos? No, eso es basura para los medios. El tipo es humilde, te lo garantizo, incluso con todo el dinero que tiene ahora. Es más, te confesaré algo: eso de que él se sentía superior a todos, todo ese asunto de que no viajaría para jugar con nadie hasta que alguien lo venciera en su propia casa... todo eso fue idea mía. ¡Te lo juro, sí! Al

principio a él no le gustó, creo que no entendió cuál era el motivo. Pero después estuvo de acuerdo. Bueno, quizá tengas algo de razón y haya terminado por creérselo un poco. Pero fui yo quien desde el principio se dio cuenta que a todos nos convenía que la gente viniera para aquí y no que Charles viajara y se olvidara de este pueblo. Tú sabes, es una celebridad. ¡Eh, muchachos! ¿Podrían filmar el letrero? ¡No, no el de la cerveza, el que dice Ronnie's Place! Eso es. Y ahí lo tienes, los *sponsors* comprendieron perfectamente la idea. Si lo piensas un poco, el pool ni siquiera era un juego muy importante cinco o seis meses atrás, pero a ellos el negocio les interesó igual. ¡Buenas noches, Mr. Calgari! Cómo está usted, señora... Sí, pasen por favor, su lugar está reservado. ¿Eh? Un tipo rico. Mejor no me preguntes a qué se dedica, sólo sé que apuesta fuerte. ¿Sabes cómo funcionan las apuestas aquí? Es diferente a como... Está bien, te lo explicaré luego. Calgari era el tipo más importante del pueblo. ¡Antes de lo de Charlie, claro! No solía venir al bar, pero ahora viene con su mujer a casi todos los juegos de los viernes. Creo que a ella le agrada venir más que a él. No

hace falta que lo digas: ella es una belleza. A veces viene sola. Sin el gordo, quiero decir, porque lo que es el matón de saco gris ¿lo ves? Ése no se le separa nunca. ¿Qué te estaba diciendo antes de...? Ah, sí. Los *sponsors*. Los tipos saben. Con su apoyo la cosa levantó vuelo muy rápido. ¿Por qué crees que a Charles le llaman *El Imbatible*? ¿Crees que es un apodo espontáneo? No, fue planeado secretamente. Como Nike Air y Air Jordan, ¿ves? ¿Por quién? Tienes el cartel sobre tu cabeza. ¡Budweiser, por supuesto! *Nothing beats a Bud, nothing beats Charles Sloan*. ¿Entiendes la relación? *Unbeatables*. A propósito, ¿otra cerveza? ¡Sandy, una más!

Para los apostadores locales, elegir a quién confiarían su dinero era, al comienzo, demasiado fácil: nadie era tan loco como para apostar a la victoria de los forasteros. Todo a Sloan. Pero pronto el juego se tornó aburrido. Siempre ganaba Sloan. Cambió entonces la modalidad de las apuestas: los mirones no apostaban como los jugadores, a ver quién resultaría ser el ganador. Empezaron a apostar entre sí cuántas bolas podía meter el contrincante de Sloan antes de que éste liquidara el juego. Los números favoritos eran el cero, el uno y rara

vez el dos, cuando el retador tenía buenos antecedentes. Tres era el número que delataba a un apostador inexperto: jamás se había dado el caso.

Sloan llega al bar y la ovación del público lo recibe una vez más. La primera partida comienza como todas: estruendo de apertura y aplausos. Después se suceden las siguientes, rápidamente. Como en cada noche, Sloan juega casi sin mirar el paño y gana cada juego sin equivocarse ni una vez, aunque sólo él sabe del temor de fallar que le oprime el estómago durante una décima de segundo, justo antes de cada disparo.

Esta noche es una noche de descubrimientos:

Calgari descubre que hacía ya mucho tiempo que no aparecía con su esposa en un lugar público. No presta gran atención al juego, se siente algo incómodo: le molestan las miradas furtivas de los que lo reconocen, tanto como la indiferencia de los que han olvidado quién es él.

Bianca descubre que la fama que ansiaba acariciar tal vez haya florecido en el pueblo en la forma de un delgado jugador de pool en el que nunca antes había reparado.

Ronnie descubre que el puesto de *souvenirs* que ha ubicado en la entrada del bar funciona magníficamente.

Sloan se lleva el descubrimiento mayor. Entre la envolvente cascada de aplausos que sucede a la finalización de la última partida, un pensamiento fugaz se abre

paso. El rostro de Sloan no participa de la algarabía general. La gente lo interpreta como una forma de humildad: él les regala la victoria sin intervenir en el festejo. Pero lo cierto es que el gesto contrito de su rostro responde al trueno demoledor de un pensamiento que con asombrosa lucidez aparece en primer plano, recordándose sobre el aliento adulador que lo circunda. El público corea el nombre de Sloan pero él no lo oye, todo el lugar se reduce a ser apenas un oscuro telón de fondo que contribuye a que el pensamiento aparezca nítido en el centro de su mente, como la luz circular que preanuncia la entrada a escena de la estrella principal de un espectáculo.

En lo que le resta de vida, Sloan no fallará más que un tiro. Un único tiro, que el azar no olvidará hacerle marrar. Entonces, hasta esa fatal bola, él será inmortal: incapaz de morir antes de que el azar cumpla la promesa que marcará su imperfección.

Sloan se da cuenta del preciado tesoro que el azar le ha dado, quizá sin quererlo; descubre el secreto escondido tras el secreto, la inmortalidad. Su posible condición de hombre perenne lo desborda, es un estallido interno que precisa ser comunicado. Sus ojos rebalsan el éxtasis de comprender que, de postergar infinitamente la imperfección profetizada por la Fortuna, él conseguiría nada

menos que la vida eterna. Está claro cuál es el precio que hay que pagar por la eternidad: debe dejar el pool, no permitirse ni un juego más, ni una bola más, debe evitar la llegada de la terrible jugada preanunciada, abandonarlo ya mismo, para siempre.

Sus ojos buscan otros ojos con los cuales compartir esa carga eléctrica que los suyos poseen ahora; su mirada se encuentra con la de la mujer más deseada. Bianca sostiene la mirada de Sloan por más tiempo del que él jamás hubiera creído que ella le concedería. Sloan comprende que si abandonar el pool es casi imposible para alguien como él, que no tiene nada más en la vida, sería un sacrificio practicable si ese lugar —la vida— pudiera ser ocupado por algo más o alguien, alguien como la mujer que desde la tribuna mantiene sus ojos clavados en los de Sloan, sosteniendo un lazo invisible que comienza a arder en un fulgurante deseo mutuo.

La cinta que Frank le hace escuchar a Calgari —dos semanas más tarde, ni bien el gordo regresó de un viaje de negocios— fue grabada en secreto y por iniciativa del propio Frank. Sucede que Frank es un hombre fiel a sí mismo, lo que en su caso equivale a ser un hombre absoluta-

mente fiel a su jefe. Esto explica la dedicación con que Frank se avoca a arreglar todos los asuntos de Calgari cuando éste se ausenta, así como la confianza que el gordo deposita en Frank, privilegio que ninguno de sus hombres ha gozado tan notoriamente. Pero no se trata de una sumisión gratuita: Frank sabe que él sucederá al rey cuando el rey se retire, y el rey sabe que Frank lo sabe. De ahí que el ahínco de Frank supere el mero interés de curar los problemas de Calgari; si puede, él también intenta prevenirlos, sin necesidad de que el gordo se lo ordene. Frank conoce su deber, por eso la grabación que le entrega a su jefe, quién ha regresado un día antes de lo previsto.

[PLAY]

¡Espacio! No tanta de un sólo golpe. Así, mira. ¿Ves? Con calma, profundamente, pero con calma. ¿O qué quieres, morirte de una sobredosis?

[aspiración profunda] Ah... Ni todo el alcohol del mundo pudo conmigo, muñeca. Y ahora sé

que nada podrá: soy inmortal,
ya te lo he dicho.

Sí, sí. Y yo soy miss universo.

No, pero deberías serlo.

[risa]

Y bien, ¿vienes?

Nada en esta vida me gustaría más, pero no es posible. No. Ni siquiera puedo salir libremente de esta madita casa, mucho menos podré escaparme a México. Y muchísimo menos contigo. Todo el mundo lo notaría y

El mundo no me importa. El pool no me importa. Sólo me importas tú, nadie más que

mi marido podría relacionar nuestras ausencias. ¿Sabes lo que te haría si se enterara que

No me importa. Antes me asustaba, con sólo oír su nombre temblaba de miedo... Pero ahora no, porque no puede

Nos perseguiría hasta el fin del mundo y nos encontraría. Y te mataría como a un perro.

Eso sí que no. Yo soy

¿Inmortal? ¿Hasta cuándo vas a insistir con ese delirio egocéntrico? ¿Crees que porque nadie puede superarte en un maldito juego te has ganado la vida eterna? No sé qué es lo que se te ha subido más a la cabeza, si los humos de la vanidad o toda la cocaína que te metiste esta noche. Ya deja de autoidolatrarte, ¿quieres?

Es que *de verdad* soy inmortal. Escucha: yo también estoy al borde de no creerlo, por eso entiendo que tú no me creas.

Pero tienes que hacerlo. Estoy dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de que vengas conmigo, porque sé que corro con ventaja.

Mira, trae tu pistola.

Espera... *[aspiración]* ¿Qué dices?

La otra noche me mostraste que tenías un arma por aquí. Tómala.

¿Para qué quieres el arma? No serás tan idiota como para llevarme por la fuerza.

No. Yo no la usaré. Tú lo harás. Vamos, tómala. Levántala... eso es. Ahora mete el cañón aquí dentro.

¿En la boca? Estás loco.

Hazlo.

¡Podría dispararse sola!

Sola o por tu intermedio, la idea es que se dispare. Verás cómo no puedo morir.

Estás loco, completamente loco. Bien, como quieras. Ahí va. A ver si así se te baja lo omnipotente.

¿Sabes algo? Podría no ser un accidente; podría dispararte yo misma. Es más: *debería* dispararte. Luego declarararía que viniste a casa como invitado, pero que llegaste alcoholizado y drogado. Cualquier médico forense honesto lo confirmaría, porque lo estás, y cómo. Les diría que intentaste violarme y también que lo conseguiste. El mismo médico lo garantizaría, sólo tendría que revisar cuánto de tu semen tengo aquí abajo. “Tuve que matarlo, tuve que hacerlo para defenderme”.

Sería un escándalo... “¿Quién es la mujer que ha matado al famoso jugador de pool?” Todos querrían saberlo. Los diarios, las revistas. La televisión. Mi marido contribuiría con lo suyo: por un lado me pediría explicaciones y, como no quedaría satisfecho con las que yo podría darle, me golpearía, aunque no demasiado y nunca en la cara. Sus golpes serían interpretados, siempre por el mismo médico estúpido, como tuyos. Por otro lado, mi marido pagaría fortunas a jueces y periodistas para que el caso quedara sepultado en el olvido, y también les pagaría a los médicos para que *olvidaran* el detalle de revisar mi sangre en busca de drogas. Todo para seguir con su plan de pasar desapercibido. Pero ya sería tarde: todo el mundo sabría de él pero, especialmente, de mí. Sería famosa, gracias a tu muerte.

[ahogadamente] Dispara.

¿No temes que lo haga?
¿Realmente crees ser inmortal? Mira, realmente estoy tentada de hacerlo. Pero no lo haré. Conozco el poder de mi marido. Mi fantasía de estrellato duraría una semana, tal vez dos. Después de eso, él se encargaría de enterrarlo todo bajo una parva de amenazas y billetes bien repartidos entre las personas indicadas.

Toma, no lo haré. Pero no creas que has demostrado tu inmortalidad; a lo sumo sí tu locura o tu valor, pero nada más.

¿Mi valor no te alcanza como prueba de lo que estoy dispuesto a hacer por ti? Moriría por ti, si para mí morir fuese posible. Pero ya ves que no.

Quizá son tus propios miedos los que nos detienen. Ahora yo

tengo el arma, es mi turno de probar tu valor. Yo también podría metértela en la boca... o aquí... ¿Gozarás o temblarás de pánico? Sí, justo aquí dentro. Mira qué ajustada cabe. ¿Cómo la sientes? ¿Es muy distinta? ¿Fría? Con el roce se calentará pronto.

[gemidos de placer casi inaudibles]

Parece que ahora está mejor, ¿no?

Sí...

[más gemidos]

[aspiraciones]

Entonces, ¿vienes?

Bien. Saldremos en mi auto pasado mañana, antes de que llegue Calgari.

No: mañana mismo, al amanecer. De nada sirve planearlo con tanta anticipación. Si lo dejamos para entonces será mucho más difícil. El tiempo no está de nuestro lado.

Lo que sobra es tiempo, nena.
Especialmente cuando se tiene
vida eterna.

Cierto. Pero piénsalo de este modo: tal vez seas inmortal —demonios, voy a terminar creyéndolo—, pero eso no implica que seas *invulnerable*. Si mi marido te atrapa, intentará matarte. ¿Piensas que cuando descubra que eres inmortal te dejará ir? Te encadenará y te torturará y entonces tu inmortalidad se volverá en tu contra, porque la muerte no vendrá a aliviarte. Si te deja ir, en el mejor de los casos serás un lisiado para el resto de tu interminable vida.

Está bien. Tú ganas. Mañana, a las ocho de la mañana. En pocas horas habremos cruzado la frontera.

[STOP]

Calgari hierva por dentro, pero no quiere mostrarse dolido ante su segundo. Su rostro exhibe una mueca de disgusto que él no se permite transformar en un arranque de rabia. Tranquilamente, rebobina la cinta. Mientras, Frank le informa que la pareja partió hace dos horas rumbo a El Paso; que Mario y dos hombres más tienen el helicóptero listo para salir tras ellos; que todos prefirieron esperar a que el jefe llegara, para que él mismo decidiera si dejarlos ir para evitar posibles escándalos, si mandar a Mario para que los trajera de regreso y los matase o —si lo prefería— ir él mismo y hacerlo personalmente. Ante esta última opción, Calgari asiente. Frank sale del cuarto. Mientras su jefe se da una ducha caliente y piensa qué palabras le dirá a su mujer antes de tajarla y despellejarla, Frank le ordena bajarse del helicóptero a uno de los hombres que esperan junto a Mario. Su lugar será ocupado, treinta minutos después, por un Calgari limpio, perfumado y resuelto.

El convertible rojo redibuja una carretera de bordes mordidos por la arena del desierto. Sloan conduce a una velocidad escalofriante; no repara en la más mínima posibilidad de sufrir un accidente. Bianca le ruega que desacelere pero él, reconcentrado en la ruta, no le presta atención hasta que ella le recuerda que si bien él es inmortal, ella no lo es. Sloan aminora la velocidad. Ya han superado la mitad del camino a la frontera.

Eso es lo primero que deben hacer: cruzar la frontera. Una vez en México, podrán esfumarse rumbo a cualquier rincón perdido del globo. Ése es el plan de Sloan: irse con Bianca a una isla desierta, disfrutar de su cuenta bancaria en una playa paradisíaca. Por su parte, Bianca está intensamente compenetrada en el presente. No piensa, sólo mira el horizonte esperando distinguir en él algo diferente del desierto. No piensa —no quiere pensar— que la fama que busca en Sloan será muy difícil de disfrutar, como no sea en un extremo del mundo en el que los matones de su marido no los alcancen. Sus pensamientos serían aún más negros de saber que Sloan se ha propuesto abandonar el pool para siempre.

A pesar de haber disminuido la velocidad, Sloan ha pedido demasiado del viejo Mustang. A la entrada de un pequeño poblado, no demasiado lejos de El Paso, una nube de vapor blanco comienza a precipitarse sobre el

parabrisas del convertible. El automóvil corcovea, tose y por fin se detiene. Al abrir el capot, un fuerte siseo y una humareda blanca anuncian que hasta ahí han llegado esas ruedas.

El poblado no es más que un grupo de ranchos amontonados a la vera de la carretera. El único lugar donde parece haber alguien con vida es un rancho un poco más grande que los demás, con un ancho alero de paja en el frente. En su frente de ladrillos blancos, un cartel de lata herrumbrada reza *Posada de Emiliano Suárez*.

La posada resulta ser un barcito avejentado, oscuro y vacío. Todo en él da la impresión de estar recubierto por una fina capa de polvo ocre. El piso es de cemento desnudo. Hay unas sillas de paja y caña, tres o cuatro mesas redondas, un aparador con vasos, platos y cubiertos a la vista, un mostrador, una heladera vieja. Flotando, el calor y las moscas. Hay también una cortina verde que da paso a otra estancia, un televisor colgado del techo y un hombre que mira televisión del otro lado del mostrador.

Emiliano Suárez abandona la TV y observa a los recién llegados con ojos de ratón. Se diría que la única parte móvil de su rostro cobrizo son sus ojos, pero esa ilusión

dura sólo hasta que la pareja se le acerca. Entonces Suárez sonríe y con empalagosa cortesía latinoamericana les pregunta que qué se les ofrece. Sloan explica que está dispuesto a pagar cualquier cosa por el alquiler o la compra de un vehículo que les permita llegar a la frontera. Suárez vuelve a sonreír, pero al instante mira a Sloan fijamente. Luego va hasta la cortinilla de plástico verde y empieza a llamar, sin gritar, pero con notoria excitación.

¡José! ¡Eh, José, ven a ver a quién tenemos aquí! ¡Que vengas te digo, cabrón! No te lo vas a creer. ¡Mira, es nada menos que Charles Sloan! Señor Sloan éste es mi hijo, José. Es un ferviente admirador suyo. Lo vemos jugar cada viernes, en directo por *ESPN*. José, parece que al señor Sloan se le ha descompuesto el carro. Es común en esta zona, señor. Ya sabe, el calor, todos se mueren por llegar. Van cada vez más rápido y no saben que así no

llegarán nunca. Ve a revisar ese carro, José. Veremos que puede hacerse. Pase, pase por aquí. Mire. Ésta es nuestra mesa. Es humilde, el paño está un poco viejo, pero le aseguro que está bien balanceada. La compré usada en El Paso. ¿Le molesta si le tomo una foto? A usted y a su hermosa acompañante, por supuesto. José lo admira mucho. ¡José! Ven aquí para una foto. Eso, ahí, junto a la mesa. ¡Perfecto! Sólo una más. ¡Gracias, señor Sloan! ¿Qué ha pasado con el carro, José? Lo suponía. ¿Qué dices? ¡Pero qué buena idea! Sé que usted debe estar con el tiempo más que justo, señor Sloan. Pero se dará cuenta que su presencia aquí es un hecho extraordinario para nosotros. José mismo lo conducirá en mi propio jeep hasta El Paso. Allá podrá rentar el vehículo que guste. A cambio no le pido dinero, sino nada más que esto: si fuera usted tan amable, ¿jugaría una partida con mi hijo, señor Sloan? Nos haría usted un gran honor.

El hijo de Emiliano Suárez es un adolescente de unos diecinueve años, moreno, flaco. Viste una remera blanca bien limpia y unos jeans negros. A pesar de que el admirador de Sloan es él y no su padre, José no da señales de estar excitado, ni siquiera emocionado. No sonrío y en su mirada —en la actitud de todo su cuerpo, en la manera de pararse, en su cabeza un tanto ladeada hacia la izquierda— hay un atisbo de insolencia.

Sloan va a rehusar con toda la amabilidad de la que es capaz, pero Bianca lo reconviene a aceptar; ella está encantada con el hecho de que gente tan distante haya reconocido a Sloan a primera vista y le haya demostrado semejante devoción. Siente que, al lado de Sloan, el oleaje de la fama baña las costas de su vida. Por eso le ruega que juegue, le dice que serán sólo unos minutos, que luego podrán continuar, escapar, desaparecer. Pero Sloan insiste en su negativa. Ofrece comprar el jeep por el doble de su valor.

Suárez lo toma como una ofensa, trata a Sloan con dureza y amabilidad al mismo tiempo. La mezcla de ambas cosas le da a su discurso un tono desafiante. Emiliano Suárez le aclara a Sloan que no se trata de una apuesta: no le propone cederle el jeep por ganar la partida, sino tan sólo por jugarla. Ésas son las condiciones, no otras. Sin vehículo, el camino hasta El Paso es impo-

sible. La única opción sería esperar que algún coche estuviera dispuesto a llevarlos, pero ellos no pueden darse ese lujo.

Bianca insiste sin entender los motivos por los que Sloan se niega a cumplir un requisito tan sencillo. Le recuerda la posibilidad de las torturas a las que seguramente lo someterá Calgari si lo atrapa. La diferencia entre ser inmortal y ser invulnerable vuelve a resultar un buen argumento a favor de Bianca. Y, además, El Paso no está lejos: con su significativo nombre, la ciudad fronteriza parece incitar a Sloan a actuar. Así, aunque todavía no se ha decidido, Sloan ve cómo sus manos ya han tomado un taco en no muy buenas condiciones, ve como entierran la punta del taco en el dadito de tiza azul, ve a José comenzar la partida y despachar, de un saque, sin titubeos, a tres de las lisas a las profundidades de la mesa. Pero la sorpresa no llega a ser total: el cuarto tiro es difícil. José marra y cede el turno.

Sloan se promete a sí mismo que después de este juego no habrá otros y luego comienza: una, dos, otra más. Su concentración es inusual. Ya ha metido la última de las rayadas y estudia la posición de la negra, escondida tras un rebaño de coloridas esferas. No se decide. Su cabeza es una caverna donde un zumbido comienza a hacerse audible, rebotando de una pared a

otra, amplificándose. Sloan intenta abstraerse de ese ruido molesto y se inclina sobre la mesa con su mirada perdida en el brillo lustroso de la bola ocho. El disparo tendrá que ser a tres bandas. Sloan contiene la respiración, el tiro no es sencillo pero ya lo ha hecho cientos de veces; José lo sabe y espera el desenlace sin emoción alguna. Emiliano Suárez se asoma por la ventana con un gesto de sorpresa creciente, que Bianca comprende de inmediato. Mario irrumpe en el bar junto a su jefe; en el reflejo esferizado de la bola negra, Calgari saca su arma. Sloan tira, Calgari apunta, Sloan falla: inexplicablemente, falla. Los planetas van deteniéndose sobre el paño para eternizarse en una nueva alineación.

De *Las alas de un pez espada*.

© Martín Cristal, 1997.

www.martincristal.com.ar